

## VIAJE AL NEVADO DE TOLUCA

José María Heredia\*

«El que quiera ver algo nuevo debajo del sol, suba a la cumbre de una verdadera montaña», dice un escritor moderno. Hace algunos años que deseaba someter a la experiencia tal aserción; pero obstáculos de momento, y sobre todo la flojedad consiguiente a una salud débil y a un periodo largo de vida sedentaria, habían frustrado mis designios.

El señor Tonkins, pintor inglés, me invitó el primero del corriente octubre de 1837 a que le acompañara en su próxima expedición al Nevado de Toluca, y un amigo complaciente allanó al punto las dificultades que sugería mi pereza.

A las cuatro de la tarde salimos para la hacienda del Veladero, situada a la falda oriental del volcán, y distante cinco leguas de Toluca. Allí pasamos la noche y debimos las mayores atenciones a su administrador don José Iniesta, a quien se sirvió recomendarnos el señor don José Franco.

El 2 de octubre, a las seis de la mañana, partimos acompañados por el señor Iniesta y tres o cuatro sirvientes. La subida es al principio suave, pero muy luego se vuelve áspera y pendiente, prolongando sus vueltas y revueltas en un bosque de pinos gigantes, al parecer interminable. Como a las dos horas de marcha dejamos atrás hacia la derecha las cumbres peñascosas y perpendiculares del cerro nombrado Tepehuizco, y desde una altura igual o superior a la de la cordillera que divide los valles de México y Toluca distinguíamos ya por entre los árboles las cimas nevadas y majestuosas de Popocatepetl e Iztaccíhuatl, cuando las sinuosidades de la vereda nos permitían mirar al oriente. La vista descansaba más cerca sobre la parte sudeste del valle toluqueño, desarrollado súbitamente a nuestros pies como un bello panorama, con sus numerosas poblaciones y ricas sementeras, y el hermoso lago de Atenco, dorado por un sol sin nubes.

Poco después empezó a notarse menor espesura en el bosque y una disminución progresiva en la altura de los pinos, hasta que apenas igualaba a la de nuestras cabezas. Entonces pudimos disfrutar en toda su grandeza la vasta perspectiva que ofrecía la mitad del valle de Toluca y el aspecto sublime de los picos altísimos y desnudos que coronan el cráter del volcán, y, dibujados en el azul profundo del cielo, se nos presentaba en una proximidad casi aterradora por la extraordinaria transparencia del aire.

La disminución de los pinos continuó con rapidez según subíamos, hasta que los últimos apenas tenían media vara de alto, ofreciendo el singular espectáculo de un

\* Heredia, José María, «Viaje al Nevado de Toluca», *La Ilustración Mexicana*, III, núm. 25 (1852), pp. 618-621.

<http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a2f3?intPagina=630&tipo=publicacion&anio=1852&mes=01&dia=01>

bosque en miniatura. Al fin desaparecieron, quedando reducida la vegetación a una yerba menguada y marchita, entre la cual sobresalían con frecuencia los tallos espinosos de una especie de *dipsaeus* (vulgarmente 'cardo') gigantesco, acaso peculiar de aquella región elevada, pues en ninguna otra parte lo había yo visto. También noté yo allí por primera vez una planta pequeña y rastrera, cuyas hojas espatiformes terminan en lindas flores sin olor, ya rojas, ya amarillas, ya matizadas de ambos colores de la familia de las castillejas (flor de muis). Luego volví a encontrar esta misma planta florida en el fondo del cráter y entre las arenas que conducen a los picos más elevados.

Después de alguna dilación, encumbramos a las diez el borde oriental del cráter que es de más fácil acceso, por ser mucho más bajo que el resto de la circunferencia de aquel inmenso embudo y hallarse libre de las rocas enormes que defienden los otros lados. Allí nos apeamos previniendo a los sirvientes nos aguardasen con los caballos junto a las lagunas que ocupan el fondo del cráter, y emprendimos subir a pie hasta el pico basáltico más elevado hacia el sur, pasando a veces sobre la nieve cristalizada. Esta parte del viaje era bien fatigosa, por la pendiente rapidísima de las alturas y la flojedad de la arena resbaladiza que la cubre. Acaso había también algún peligro; y en ciertos momentos me sobrecogía la convicción irresistible de que el derrumbe de la arena que se precipitaba a reemplazar la desalojada por nuestros pies podía desequilibrar y despeñar sobre nosotros alguna de las rocas enormes que parecían colgar sobre nuestras cabezas. A los diez minutos era ya grande la fatiga, mas recordé afortunadamente que el célebre Boussingault había logrado llegar sin mucha a la cima del Chimborazo, con la precaución de pararse un momento a cada medio minuto. Hícelo así y logré llegar descansado a la cumbre a las once de la mañana.

Restábame subir a la cúspide del pico aislado que por allí la domina, pero muy luego tuve que abandonar la empresa. A más de la dificultad que había para trepar y saltar en los picos basálticos y casi verticales que la forman, noté que a cada esfuerzo se exfoliaba copiosamente el basalto bajo mis manos y pies. Tal situación era bien poco segura o agradable para quien, como yo, solo veía por uno y otro lado profundidades y abismos inmensos. Senteme pues en el ángulo más oriental que forma la base del pico, y me abandoné a la contemplación de un espectáculo maravilloso.

El cielo sobre nuestras cabezas, perfectamente sereno, era de un bello azul oscuro, peculiar de aquella región. La luz del sol era tan débil como si se hallara eclipsado en dos tercios de su disco, y su color apenas era sensible. La luna en su cuarto menguante brillaba como plata, y a la simple vista se definían con perfecta distinción las manchas oscuras de su medio hemisferio. No dudo que habría distinguido a Venus si este hermoso planeta se hubiese encontrado algo más distante del sol. La fuerza de los sonidos había disminuido notablemente en aquella altura. Mi sangre circulaba con mayor velocidad, y sentía impulsos como de lanzarme a los aires.

Hallábame suspenso a unas 5.230 varas sobre el mar y a más de 3.000 respecto de Toluca; elevado sobre los límites de la vegetación y la vida; sentado en una peña que probablemente soportaba por primera vez el peso de un cuerpo humano. Veíame en el fin de la gran meseta central del Anáhuac, que desde este punto baja rápidamente hacia el Sur, donde reivindica sus derechos el sol de los trópicos, y desde los hielos

eternos de un clima polar dominaba con la vista las zonas templada y tórrida. Mi asiento era el borde de un volcán; por todas partes percibía en rastros evidentes y tremendos la acción de un fuego apagado por el transcurso inmemorial de siglos y siglos, y en el centro de aquella escena desolada, en el horno inmenso que realizó en otros días el Tártaro de Virgilio y el Infierno de Milton, dormían bajo la luz áurea del sol dos lagos bellísimos cuyas aguas glaciales excedían en pureza y hermosura a cuantas ha soñado la imaginación de cualquier poeta.

Al Norte se extendían los ricos valles de Toluca e Ixtlahuaca, salpicados de pequeños lagos artificiales y numerosas poblaciones y haciendas. El gran monte cónico de Jocotitlán dominaba al último; y mucho más lejos terminaba el cuadro una larga serie de alturas. Al Oriente yacía el gran valle de México bajo un mar de vapores, entre el cual descollaban majestuosamente los montes nevados Popocatepetl e Iztaccíhuatl. Tras esas cumbres refulgentes y gloriosas, ídolos de mi fantasía, torreaban montañas tras de montañas, hasta que las más distantes (sin duda las de Veracruz) ocultaban sus cimas en una alta zona de vapores, hijos remotos del océano. Por eso no logré distinguir al Orizaba y Cofre de Perote, aunque las cumbres más lejanas y menos gigantes cas de Oaxaca se veían con mucha claridad al Sudeste.

En esta dirección y la del Sur se inclinaba en descenso rápido la tierra caliente, cubierta de rica verdura, erizada de montes y precipicios, hasta que a unas cuarenta o cincuenta leguas limitaban el horizonte las ramificaciones gigantes cas de la Sierra Madre, realzadas en elevación por la profundidad de los valles ardientes que dominan. ¡Aquel admirable cuadro, visto desde mi altura, presentaba la imagen de un mar sólido en que cada ola era una montaña! Al contemplarlo, me sentí arrebatado irresistiblemente a la época tenebrosa, anterior a la creación del hombre, en que la agencia del fuego central elevó esas desigualdades enormes en la superficie del globo, aún no consolidada.

Poco después, grandes grupos de nubes formados al Sudoeste nos velaron aquel espectáculo, e, iluminados gloriosamente por el sol, pasaron navegando con majestad a unos quinientos pies bajo de nosotros. Por los intervalos que separaban los diversos grupos, distinguíamos a veces las rancherías situadas en la falda del volcán, el lago de Coatetelco y la extremidad meridional de Tenancingo, cuya mayor parte cubría un cerro inmediato. Otras nubecillas más ligeras nos cubrieron momentáneamente con la dispersión de sus vapores.

A las ideas solemnes, inspiradas por cuadros tan sublimes, siguieron presto reflexiones graves y melancólicas. ¡Oh, cómo se anonadan las glorias y afanes fugitivos de la débil mortalidad ante estos monumentos indestructibles del tiempo y la naturaleza! Por primera vez había llegado a la estupenda altura, y es probable que no vuelva a recibir iguales impresiones en el intervalo que me separa del sepulcro. Mi corazón, al que inflamó desde la niñez el amor noble y puro de la humanidad, ulcerado por crueles desengaños y largas injusticias, siente apagarse el entusiasmo de las pasiones más generosas, como ese volcán cuyo cráter han transformado los siglos en depósito de nieves eternas.

Entretanto, las nubes se acumulaban en torno, y fue necesario que pensásemos en partir. Entonces precipitamos algunos peñascos sueltos hasta el fondo del cráter y, al

verlos rodar por aquella pendiente de nieve y arena, casi me arrepentí de haber profanado el reposo venerable en que habrían estado quizá treinta o cuarenta siglos.

Antes de bajar eché la última ojeada al fondo del cráter, cuyas lagunas, reflejando con el color del cielo los colores blanco, rojo y negruzco de las arenas y cumbres basálticas que se elevan alrededor suyo, presentaban un aspecto verdaderamente mágico.

Descendimos en ocho o diez minutos a la orilla del lago mayor, deslizándonos por la arena sobre los talones con una sensación de rapidez solo comparable a la que experimentan los patinadores sobre un plano inclinado de hielo. Las aguas agitadas por un viento sudoeste formaban olas pigmeas, que al romperse murmurando en la playa dejaban una ligera línea de espuma. ¡Qué recuerdos, qué imágenes conjuré en mí tras once años de ausencia aquella débil semejanza del sublime océano, delicia de mi niñez y casi objeto de culto para mi juventud poética!

Nos embarcamos en una canoa labrada de un tronco enorme y puesta allí por disposición del señor Franco, pero no logramos que los criados se aventurasen a cruzar el lago con nosotros por la preocupación vulgar de que su profundidad es insondable, y de que en el centro hay un vértice peligroso. Atravesamos el lago en su mayor anchura, describiendo una línea oblicua de la orilla septentrional y la oriental, donde baña la áspera base de una colina de lava que,alzada en el centro del cráter, divide las dos lagunas. La que recorríamos tiene, según el señor Velázquez, 344 varas en su mayor extensión y 255 en dirección transversal. Creo que en esto hay alguna equivocación, pues su longitud parece al menos doble de su anchura. A la simple vista le daría yo 500 varas de largo. Él mismo afirma que la máxima profundidad es de doce varas, y tal resultado no me parece infalible cuando el poco tiempo que Velázquez permaneció allí no pudo permitirle que sondease toda la laguna, cuyo fondo es probablemente muy desigual como formación volcánica. En la línea que recorrí, juzgo que la profundidad no baja de veinte varas en el centro, pues, a pesar de la suma transparencia del agua, esta se ve azul y no verde, como la del mar en los bajos. A la inmediatez de la colina mencionada se distinguen en el fondo varias rocas enormes despeñadas evidentemente en su altura.

Desde el centro del lago, donde esta colina cierra el horizonte al este, se disfruta un espectáculo único y verdaderamente sublime. Al Norte, al Sur, al Oeste, se alcanzan casi perpendicularmente en forma circular alturas de 800 a 1.000 pies, cubiertas de arenas y cenizas blancas, azuladas, negruzcas o rojas, en cuya pendiente cuelgan fragmentos gigantescos de lava, témpanos de nieve, y cuyas cimas coronan picos inaccesibles dibujados en el cielo. Debajo yacía un lago prodigioso cuyas aguas transparentes y profundas me recordaban las marinas, aunque flotábamos a 15.000 pies de altura sobre el nivel del océano.

Las orillas están cubiertas por fragmentos pequeños de piedra pómez, pórvido y lava, mezclados con arena, y en ellas encontramos algunos insectos que pertenecen a las libélulas (vulgo caballitos del diablo), únicos seres vivientes que se nos presentaron en aquella región desolada y silenciosa. Mientras descansábamos en la base del pico meridional, habían pasado junto a nosotros algunos cuervos dando fuertes graznidos.

La señora Franco y otras personas que visitaron estos lagos antes que nosotros hallaron en sus aguas y orillas señales recientes de un culto supersticioso. En todo

tiempo se ha buscado a la divinidad en estos altares sublimes que le erigió la naturaleza, aunque la ignorancia haya confundido a veces el templo con el grande espíritu que lo preside. No es pues de extrañar que los indígenas de los contornos, en su rustiquez primitiva, hayan obedecido al instinto de adorar en los altos, que es casi contemporáneo del hombre.

A la una emprendimos la vuelta al Veladero, donde llegamos a las cuatro.

Dos días forman época en mis recuerdos por haberme asociado a grandes misterios y prodigios de la naturaleza. En el último subí al Nevado de Toluca; el anterior me vio inmóvil, atónito, al pie de la gran catarata del Niágara.